

Dossier

“Memorias rurales en América Latina”

COORDINADORES:
SILVINA MERENSON Y SANTIAGO GARAÑO



Claudia Alva, *Retorno. Testigos y familiares caminan hacia la zona donde fueron encontrados los restos*, de la serie “Caso Cantuta-Cieneguilla”.

MEMORIAS RURALES: AVANCES Y DESAFÍOS PARA LOS ESTUDIOS SOBRE EL PASADO RECIENTE EN AMÉRICA LATINA

A comienzos de la década de 1970, cuando ya muchos de los países latinoamericanos atravesaban el in crescendo de la violencia política y (para)estatal, Raymond Williams publicaba *The Country and the City*. En él, la dicotomía “campo-ciudad” vehiculiza el análisis de las transformaciones operadas por el capitalismo sobre la sociedad inglesa. Si el campo, señalaba el autor, “atrajo sobre sí la idea de un estilo de vida natural: de paz, inocencia y virtud simple”, pero también asociaciones con el atraso y la ignorancia; la ciudad “fue concebida como centro del progreso: de erudición, de comunicación, de luces”, en el que transcurre la vida mundana y la ambición (Williams, [1973] 2001: 25). “Campo” y “ciudad” indicaban entonces dos estilos de vida distintos pero conectados entre sí, que tienen una historicidad densa basada en experiencias, ideas y relaciones de poder diferenciales.

Parte del análisis emprendido por Williams inspira y nos ayuda a explicar las razones de este dossier. Como el binomio en cuestión, aquel otro que lo abarca –“tradición/modernidad”– organizó las distintas aproximaciones disciplinares a los fenómenos sociales, definiendo temas, preguntas y espacios de investigación que ganaron mayor o menor visibilidad o trascendencia en las ciencias sociales (cf. Velho, 2007). Sin pretensiones de abarcar la totalidad de la literatura, en lo que sigue trataremos de dar cuenta de un recorrido posible, relativo a algunos de los abordajes de los espacios rurales latinoamericanos desde los años sesenta para luego introducir el lugar que encontró en ellos el tratamiento de los procesos de violencias políticas y (para)estatales. Vale insistir en este punto: lejos de reponer toda la bibliografía existente, nos detendremos en aquellas investigaciones que nos permiten enmarcar y hacer dialogar los artículos que componen este dossier.

Desde la década de 1960, buena parte de la producción de las ciencias sociales sobre los espacios rurales latinoamericanos se concentró en el cruce entre estructura social y política para comprender dos “cuestiones”: la indígena y la campesina. En academias como la mexicana y la colombiana, el debate con el marxismo no

sólo orientó la producción de conocimiento sobre la caracterización del capitalismo agrario, sino también las reflexiones relativas a la transformación de la realidad social (Ariosa y Sánchez, 2010: 232). Intervenciones como las de Orlando Fals Borda (1963, 1968, 1970) y Rodolfo Stavenhagen (1969), entre otros, estuvieron lejos de circunscribirse al ámbito académico; más bien acompañaron el creciente proceso de movilización política y social que derivó en el nacimiento de importantes organizaciones campesinas e indígenas que reinstalaban en el espacio del Estado-nación las luchas por la tenencia de la tierra, la reforma agraria y las consabidas demandas de derechos culturales y comunales. “Solidarios”, “indigenistas”, “campesinistas” se empeñaron en demostrar que las relaciones de los grupos indígenas y campesinos con las sociedades nacionales no consistían en diferencias culturales, sino en relaciones jerárquicas que justificaban la explotación económica, siendo esta una de las dimensiones cruciales del “colonialismo interno” que caracterizaba a Latinoamérica.

Las preguntas por el estatus político y social del campesinado¹, el grado y el desarrollo de la conciencia de clase entre el proletariado indígena, o los procesos de organización y sindicalización entre trabajadores de diversas agroindustrias encontraron respuestas en trabajos de campo atravesados por la violencia, la persecución y la represión. Hoy, a modo de ejemplo, sabemos de las acusaciones de “ser un agente de la contrainsurgencia” que recibió June Nash (2008) a fines de los años sesenta en Bolivia mientras estudiaba el sistema de explotación en las minas de estaño; de las constantes visitas de los gendarmes de la frontera argentina a Miguel Bartolomé (2007) mientras compilaba cantos mapuche en el sur del país; o sobre la detención y tortura de Santiago Bilbao y el allanamiento de la oficina de Hebe Vessuri, eventos que a mediados de la década de 1970 pusieron fin a los trabajos de ambos antropólogos en la provincia argentina de Tucumán (cf. Visacovsky, 2002 y Guber, 2010).

1 Desde el surgimiento del sistema capitalista, el debate acerca del campesinado no ha dejado de suscitar polémicas. Como “cuarta clase” ubicada entre la clase media rural y los asalariados (Delich, 1972), como “sociedad parcial con una cultura parcial” (Redfield, 1956) o como “un sector de baja classicidad” (Shanin, 1983), entre otras muchas caracterizaciones, la definición de la categoría “campesino” ocupó a una innumerable cantidad de autores.

2 El “Grupo de Trabajo sobre Procesos de Articulación Social” coordinado por Ester Hermitte problematizó el rol de distintos actores que hoy conocemos como “mediadores”; así como distintos clivajes, representaciones y escalas para explicar procesos de movilidad social (Ackerman), las relaciones interétnicas en el marco nacional (Cardoso de Oliveira), las concomitancias sociopolíticas de los sistemas simbólicos (Miller) o la transmisión de la propiedad fundiaria y sus relaciones con el orden normativo entre pequeños productores (Archetti y Stolen). Todas estas investigaciones, entre otras, integran el libro *Procesos de Articulación Social*, compilado por Esther Hermitte y Leopoldo Bartolomé (1977).

3 En este período, dentro de lo que podrían considerarse las discusiones con los abordajes marxistas clásicos, cabe apuntar las críticas entabladas a los nuevos tipos de población en el campo identificados por Lenin, a la necesaria relación de dependencia política entre el campesinado y el partido señalada por Kautsky y a las lecturas chayanovianas relativas a la producción doméstica y el aspecto social del individuo a nivel utilitario. Al respecto véase Merenson (2008).

Se trata de experiencias de trabajo de campo que como otras, en otras latitudes, interpelaron fuertemente las posiciones y los compromisos políticos asumidos por investigadores que se preguntaron por el sentido o los usos del conocimiento que producían (cf. Vessuri, 2002 [1973] y Nash, 2010) en tiempos en los que “ruralización y clandestinidad iban de la mano” (Guber, 2010: 201) y los “movimientos, tanto teóricos como prácticos [procuraban] en la población del campo apoyo para proyectos políticos radicalizados” (Ratier, 2004). Quienes en este período “hablaban a la academia, a la política y a la necesidad social” (Guber, 2010: 202) lo hacían para denunciar la explotación y la dependencia, pero también para discutir con las izquierdas y las vanguardias latinoamericanas algunos de los posicionamientos que minusvaloraban la importancia de los sistemas de creencias para los lazos de solidaridad comunales, o consideraban que las estrategias de adaptación, integración (Rutledge, [1973] 1987), o articulación social² (Hermitte y Bartolomé, 1977) alejaban a los actores del campo de la lucha de clases. Sin duda, sus trabajos fueron una pieza clave en la tarea de desustanciar la noción de “identidad” como sinónimo de “autenticidad” y “pureza” presente hasta entonces en los estudios agrarios clásicos, pero también en varias de las caracterizaciones que primaban entre amplios sectores de las izquierdas intelectuales y urbanas³.

Los análisis que en este periodo problematizaron dimensiones y categorías clave –tales como “productor”, “trabajador”, “campesino” o “chacarero”– permitieron señalar que los sujetos sociales del campo se constituyen de una manera compleja y positiva, que perfila la oscilación entre su sustancialismo y el mecanicismo que los define como grupos que viven en una transición teleológica entre puntos fijos y predefinidos ahistóricamente. Desde este posicionamiento, la continuidad casi excepcional en la región de las investigaciones desarrolladas por Moacir Palmeira (1966 y 1971), Lygia Sigaud (1979) y Beatriz Heredia (1979) sobre los procesos de transformación del sistema de *plantation* azucarero en el nordeste de Brasil, propusieron nuevos abordajes que alcanzaron

temas como la relación tierra-trabajo, la dominación y las formas de coerción social, los conflictos, la idealización del pasado y el acceso a derechos enunciados en nuevos lenguajes. Entre los méritos de estas investigaciones de largo aliento se encuentra una premisa fundante de lo que serán futuras reflexiones: el ámbito rural, en este caso el sistema de *plantation*, no puede ser pensado sólo en términos agrícolas y productivos (cf. Lopes, 2013). Se trata de una lectura que en Argentina recuperarán, entre otros, investigadores como Hugo Ratier (2004, 2006), Roberto Ringuelet (1999 y 2002) y sus colaboradores para abordar los movimientos sociales, asociativos y corporativos en los años noventa, década que inicia los estudios sobre la denominada “nueva ruralidad”.

La agropecuaria moderna y las actividades no agrícolas, la feminización del trabajo rural, las alternativas a la desocupación en el campo, las relaciones con el entorno urbano y la revalorización de lo rural como “natural” son algunos de los temas que integran la agenda de la “nueva ruralidad”. Desde entonces, el trabajo precario, las protestas agrarias y la acción colectiva ganaron terreno en la sociología rural, tal como demuestran los estudios para Argentina, Brasil y Uruguay de Norma Giarracca (1999 y 2001), María José Carneiro (1998) y Diego Piñeiro (2001 y 2008) respectivamente. Sin embargo, más allá de las perspectivas críticas sobre el carácter “novedoso” de estos fenómenos (Giarracca, 2001; Ratier, 2000), los procesos de construcción de las memorias de las violencias políticas y los terrorismos de Estado en los espacios rurales no han derivado en una línea de investigación destacada. Pese a la robusta tradición investigativa mínimamente reseñada hasta aquí, y aun cuando los recuerdos del pasado han sido materia prima para el abordaje y la conceptualización de los actores, los procesos de colonización y los análisis de los modelos de desarrollo agrario y sus transformaciones, hoy son pocas las investigaciones que problematizan estas y otras cuestiones atendiendo a los registros y las sedimentaciones históricas de los procesos de violencia política, persecución y represión (para)estatal. En este sentido, pese al “boom

memorialista” al que asistimos desde fines del siglo XX, salvo algunas excepciones, las luchas y disputas seguidas en torno a dichos procesos en contextos rurales resultan un terreno por explorar.

Entre mediados de los años noventa y comienzos de este siglo, una serie de investigaciones comenzaron a indagar diferentes dimensiones de los procesos asociados a la violencia política, la persecución y la represión (para)estatal en espacios rurales. Aun cuando puede resultar algo esquemático y arbitrario, digamos que este corpus bibliográfico puede agruparse según tres grandes líneas de investigación o tematización. La primera incluye los trabajos que abordaron estos espacios en términos de “memorias locales” o “comunales”, periféricas en relación a las que habían sido privilegiadas en los estudios sobre el pasado reciente hasta entonces, especialmente en el Cono Sur. La segunda reúne los trabajos que hacen foco en lo que podríamos enunciar como los efectos sociales de la represión y violencia en contextos rurales. La tercera, finalmente, agrupa los textos que tematizan las intersecciones posibles entre clivajes y dimensiones analíticas clave, como las de género, etnia y clase.

En la primera línea de investigación o tematización cabe mencionar la compilación publicada en la colección “Memorias de la represión”, coordinada por Elizabeth Jelin y Carlos Iván Degregori, titulada *Luchas locales, comunidades e identidades*. El eje central de este volumen se encuentra en los procesos de construcción de memorias en comunidades ubicadas territorial, simbólica y políticamente lejos de las ciudades capitales y los grandes poderes centrales. Los trabajos reunidos tienen por denominador común esta distancia, más que la delimitación de un sector social, geográfico o cultural específico. Es posible entonces que esta opción ayude a explicar las razones por las cuales, en algunos de los artículos, “local” y “rural” funcionan como sinónimos. Sin embargo, más allá de esta precisión, estos artículos resultan fundamentales en tanto avanzan en las formas que asumió la estrategia contrainsurgente en ámbitos rurales, que no siempre fueron tenidas en cuenta en los estudios centrados

en las lógicas represivas enmarcadas en la Doctrina de Seguridad Nacional. Veremos en ellos el modo en que espacios marginales/periféricos en relación a los Estados-nación fueron convertidos en “centrales” cuando se trató de ensayar estrategias represivas; cómo distintos “montes”, “montañas” o “selvas” fueron escenarios en los que las fuerzas militares libraron “batallas centrales” a fin de aniquilar distintos focos de las guerrillas rurales. Pero también cómo, con posterioridad a los hechos, una serie de “eventos críticos” (cf. Das, 1997) ocurridos en estos escenarios se transformaron en casos paradigmáticos de la represión política en el ámbito rural que alcanzaron repercusión nacional e internacional.

Entre ellos, Ponciano del Pino (2003) estudió la trama de la violencia y las formas de recordar el asesinato de ocho periodistas en enero de 1983 en la comunidad de Uchuraccay, hecho que se convirtió en uno de los acontecimientos emblemáticos de la violencia política en el Perú. Su artículo muestra, a partir de este asesinato del que fueron acusados los miembros de la comunidad, la reproducción a nivel nacional de discursos e imágenes dominantes sobre el “indio” como un ser “salvaje” y “primitivo”, capaz de perpetrar un crimen sin sentido, sólo explicable en virtud de la ignorancia o el atraso. Centrándose en las historias personales y comunales de estos campesinos –silenciadas bajo los discursos dominantes de otros actores– el texto analiza cómo, diez años después del hecho, la decisión de regresar a la comunidad fue producto de un complejo proceso que encontró en Sendero Luminoso al enemigo común. El poder de agregación condensado en este actor, señala Del Pino, hizo posible que las acusaciones y los conflictos familiares quedaran al margen restituyendo el sentido comunal, profundizado ahora en la mediación del discurso y la experiencia evangélica asociada al perdón y el olvido. Por su parte, también en Perú, Leslie Villapolo Herrera (2003) indagó en el complejo proceso de construcción de memorias por parte de las comunidades indígenas asháninka, conocidas en el escenario nacional por haber sido la “cuna” de Sendero Luminoso en esa región y, luego por haber formado parte de los

grupos encargados de colaborar con el Ejército en su lucha contra la guerrilla.

Si el artículo de Del Pino nos lleva a reparar en el rol desempeñado por una serie de agentes que funcionan como mediadores, el artículo de Villapolo Herrera introduce una dimensión analítica clave, que articula la noción de “violencia” con la temporalidad. La autora señala que, más que un pasado en sí, la violencia es una experiencia que se inscribe y reactualiza en la trama local de relaciones en el presente. Esto, sugiere la autora, marca un clima de rechazo general a la posibilidad de tematizar la violencia fundada, entre otras cuestiones, en la desconfianza que genera el Estado. Pero también en cierto orgullo ligado al hecho de haber sido parte de la derrota de Sendero Luminoso, un mérito no reconocido cabalmente por las autoridades militares. En virtud de ello, el artículo sostiene que las memorias de este periodo no pueden desligarse de un presente en el que los indígenas temen tanto ser encarcelados por las violaciones a los Derechos Humanos, como a las represalias que puedan ejercer los ex mandos senderistas con quienes aún conviven. De este modo, los escenarios posibles proyectados del pasado al futuro ponen en evidencia las fracturas que dificultan los mecanismos para resolver los conflictos al interior de una comunidad dividida.

En esta misma línea, Kimberly Theidon (2004) problematizó las formas de recordar el pasado cuando la violencia extrema se produjo “entre prójimos”. Es decir, en contextos en los cuales la distancia física y estructural (Evans-Pritchard, 1997) entre los actores se tornó borrosa e imprecisa. Tomando las memorias de la población campesina de Ayacucho, Perú, Theidon indagó la convivencia entre víctimas, perpetradores y campesinos, considerados por la autora como “un tercer fuego”. Su etnografía, que avanza sobre las estrategias sociales y psicológicas elaboradas para afrontar hechos sumamente traumáticos, da cuenta de una serie de narrativas que anclan en una larga duración racista, pobladas por cuentos y figuras míticas que suturan tiempos históricos. Entre ellas, la

figura del “terrucó” –como sinónimo de senderista, término derivado del castrense “terrorista”–, que es evocado como un “gringo sanguinario” que actúa encapuchado. Tal como veremos en otros trabajos, se trata de categorías nativas que, como parte de las tecnologías represivas aplicadas, contribuyeron a la configuración de un oponente tan poderoso como externo a la comunidad –aunque fuertemente infiltrado–, que fomentó la delación y la sospecha entre vecinos y parientes.

La coexistencia diaria entre víctimas y victimarios, sostiene Claudio Barrientos (2003), construye una memoria prisionera de los hechos de violencia que no permite la total reivindicación de las primeras –construidas como heroicas o, en su defecto, como inocentes o indefensas–, ni la exposición abierta de los segundos o de quienes delataron a sus coterráneos. Su trabajo de campo en tres comunidades rurales del sur de Chile, que primero ingresaron en el imaginario nacional y regional como una zona de fuerte presencia del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) para luego transformarse en un espacio emblemático en la lucha contra el “extremismo”, toma un “evento crítico” por guía: el asalto a un retén de carabineros en Neltume –realizado por los campesinos para defender a las autoridades constitucionales derrocadas– que legitimó la represión que se venía construyendo discursivamente desde antes del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Su análisis, centrado en el despliegue discursivo y teatral que puso en escena la acción militar y el golpe de Estado en la zona, mostró el modo en que las Fuerzas Armadas fueron produciendo la imagen de un enemigo cuyo peligro era proporcional al despliegue represivo de los militares, y cuya represión debía ser ejemplificadora para los campesinos y, a la vez, un acto preventivo de salvación para la Nación en su totalidad. Fue ante esta “versión oficial”, en los primeros años de la transición, que las organizaciones de derechos humanos de la región y los familiares de los desaparecidos buscaron reivindicar la dignidad y humanidad de los campesinos, desandando las representaciones que los daban por víctimas o por

culpables de su destino, en tanto habrían propiciado la violencia desencadenada sobre sí mismos.

Este contrapunto entre “narrativas oficiales”, “memorias hegemónicas” y “memorias locales”, atravesadas por la oposición público-privado, fue la puerta de acceso elegida por Ludmila Da Silva Catela (2003) para abordar el “Apagón de Ledesma”, nominación por la que se conoce el secuestro de unas 400 personas –de las cuales 55 continúan desaparecidas– en las localidades de Libertador General San Martín y Calilegua, en la provincia argentina de Jujuy. A la memoria pública y nacional –plasmada en este caso en el informe de la CONADEP que dio origen al *Nunca Más*⁴– que remarca como hecho ejemplar en la memoria la represión del movimiento obrero, Da Silva Catela opone las memorias locales de quienes no se sienten representados por aquel gran relato. Estas, que circulan de manera subterránea, a nivel familiar, privado, comunal y oral, apelan, antes que a los efectos políticos del pasado en el presente, a las identidades comunitarias, atravesadas por el estigma de haber sido tildados de “comunistas” o “subversivos”. Se trata de memorias que, apartándose de los modelos dominantes contruidos tanto por el Estado como por los organismos de derechos humanos, resultan menos encuadradas y, por momentos, políticamente incorrectas (da Silva Catela, 2007). Para interpretar estos desacoples, la autora repara tanto en las palabras y representaciones empleadas por los actores para expresar sus experiencias vinculadas a la violencia y la represión, como en los marcos temporales que estas experiencias sugieren. Su distinción entre “memorias cortas” –aquellas que circunscriben las violaciones a los derechos humanos a una coyuntura– y “memorias largas” –que abarcan experiencias represivas de mayor duración– (da Silva Catela, 2007: 214 y 215), resulta un aporte clave a la hora de situar y analizar las valoraciones y posicionamientos hallados en el trabajo de campo.

La segunda línea de trabajo o tematización no necesariamente se inscribe, como la anterior, en el campo de estudios sobre memorias, sino que atiende particularmente a los efectos y sedimentacio-

4 El *Nunca Más* es el informe que elaboró la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), presidida por el escritor Ernesto Sábato. Fue creado como una de las primeras medidas del gobierno constitucional argentino en diciembre de 1983. El informe documentó las denuncias sobre violaciones a los derechos humanos durante la última dictadura militar. Luego de su publicación como libro en 1985, su importancia pública se potenció debido a que vertebró la estrategia de acusación de la fiscalía en el Juicio a las tres Juntas de Comandantes. Sobre la historia política del *Nunca Más*, ver: Crenzel (2008).

nes históricas de dichos procesos. Se trata de una serie de investigaciones que se preguntan por los modos en los que la violencia y el terror de Estado han operado sobre las tramas de relaciones en los ámbitos rurales, produciendo nuevas subjetividades, identidades y relaciones sociales. En esta línea, la problematización de la “cultura del terror” (Taussig, 2006), las acciones y los agenciamientos en los márgenes del Estado (Das y Poole, 2009) y las tensiones entre hegemonía, resistencia y subordinación (Scott, 2000), resultan referencias ineludibles.

Las mediaciones que ejerce la “cultura del terror” a través de la narración y los problemas que acarrea escribir sobre ella; las prácticas políticas, reguladoras y disciplinarias que constituyen al Estado; y las acciones infrapolíticas de los grupos subordinados se caracterizan por la activa creación de sentidos, tanto por parte de los dominados como por parte de los dominadores. En todos los casos, el análisis de estos procesos y espacios sumamente dinámicos, en constante transformación y reestructuración, encuentra en los silencios, mitos, chismes y rumores, buena parte de su base empírica, aun cuando los autores mencionados difieran en su conceptualización. Si para Taussig el lado misterioso que prospera por los sentidos del rumor y la fantasía tejen la densa trama de realismo mágico que es constructora de la realidad social (2006: 40), para Scott resultan vehículos por medio de los cuales los subalternos insinúan sus críticas al poder amparados en el anonimato (2000: 21). En tanto, Das y Poole encuentran en el anonimato y en la fuerza perlocutiva de este tipo de comunicación la posibilidad de filtrar representaciones de relaciones inciertas e inestables que, en el caso del Estado, permite pensar a los sujetos como seres entregados a la pasión en lugar de a la razón (2009: 19).

A grandes rasgos, en este marco conceptual puede inscribirse el trabajo de Alejandro Isla y Julie Taylor (1995), quienes analizaron la elección en 1995 del ex gobernador de facto Antonio Domingo Bussi como primer mandatario de la provincia argentina de Tucumán. Para los autores, el “bussismo” encarnó la herencia de la “cul-

5 Como componente central de la experiencia de los ingenios azucareros del norte argentino, en todas las versiones del mito se describe un “pacto” entre la patronal y el demonio, que requiere de la muerte o desaparición de trabajadores por parte de una figura diabólica y voraz como la de los patrones. Según la zona donde se relate, El Familiar adquiere distintas formas, la de un gran perro negro o la de una gran serpiente. Sobre este mito, véase Isla, 1999: 36; y Gordillo, 2012, 173.

tura de la violencia” y del terror imperante durante la dictadura, aunque entonces recreada y potenciada en democracia. Las raíces de esta continuidad política, según argumentan, pueden rastrearse en la destrucción de las identidades étnicas en las culturas subalternas de los Andes centrales, así como en la “cultura del terror” implantada en la zona de los ingenios azucareros, que tuvo por fin el disciplinamiento de las relaciones laborales, por lo que contó con la complicidad de las elites económicas y grupos empresarios. Parte central de este análisis radica en una ficción –la del Perro Familiar⁵– que, en todas sus versiones, resulta una amplia metáfora acerca de las múltiples formas de la represión. Las horribles muertes y desapariciones en los ingenios azucareros narradas a través de esta ficción, afirman Isla y Taylor, auguran “un uso futuro de la ‘desaparición’ como instrumento político de una tradición de represión”, pero también la obstinada lucha por la autonomía y el reconocimiento en las expresiones sindicales de los trabajadores (1995: 318 y 319).

Entre los trabajos que indagan las dimensiones simbólicas de la violencia (para)estatal y sus efectos sociales, María Victoria Uribe Alarcón (2004) analizó las masacres perpetradas contra la sociedad civil colombiana, pensándolas como actos sacrificiales, tanto en el período conocido como “La Violencia” de mediados del siglo XX, como el conflicto armado interno colombiano que siguió a ella. En particular, mostró un aspecto que se repite en varios de los trabajos referidos aquí: cómo estos asesinatos masivos se fundaban en una serie de operaciones semánticas que buscaban deshumanizar y animalizar al “otro”, siendo esta una condición necesaria para su exterminio. La autora destaca que estos hechos de violencia, que no han trascendido a nivel nacional, son eventos devastadores a nivel comunal, que dieron lugar a rupturas subjetivas sumamente traumáticas. En una dirección semejante, pero a partir de las experiencias y relatos de los soldados enviados al “Operativo Independencia” (1975-1977), Santiago Garaño (2012) reconstruyó el modo en que los mandos militares hicieron una puesta en escena

bélica en el sur de la provincia de Tucumán. Esta escenificación, señala el autor, al mismo tiempo que ocultaba la implementación de un sistema represivo de carácter ilegal y clandestino, operó como modo de imponer un dominio soberano sobre una zona de fuerte conflictividad social y política. Su trabajo ayuda a comprender cómo el “enemigo”, entendido por las Fuerzas Armadas como un “combatiente irregular” que debía ser enfrentado de manera “no convencional”, fue una concepción que atravesó todo el tejido social, disciplinando cuerpos y poblaciones a partir de asesinatos, desapariciones, torturas y encarcelamientos masivos de quienes eran acusados de colaborar con la guerrilla.

Tomando por eje una suerte de juego de espejos entre las imágenes del Estado y de los campesinos en la Guatemala de la posguerra, Diane Nelson (2009) analizó los modos en que el Estado contrainsurgente empleó una serie de representaciones estigmatizantes de amplia circulación sobre los indígenas para justificar sus acciones militares y el reasentamiento de sus comunidades. Sin embargo, aquella duplicidad con que se caracterizaba al “indio” en pleno conflicto –en tanto sujeto de “dos caras”–, también describe al Estado, especialmente al momento de explicar cómo este elude el ejercicio de la justicia. En este sentido, el mismo Estado identificado como el perpetrador del terror, que fue luego investido del deseo de justicia, también porta “dos caras”, por lo que es el espacio en el que se experimenta lo misterioso. Si bien el objetivo de la autora era demostrar que la relación de legibilidad entre el Estado y las poblaciones no es unidireccional, una de sus derivaciones –la flexibilidad en la caracterización de las trayectorias de víctimas y perpetradores– resulta crucial para comprender cómo el Estado coloca a los subalternos en el imperio de los sentimientos y, de este modo, se construye a sí mismo como “aparato racional”.

Se trata de una operación que, como señaló Merenson (2010 y 2011) a partir del análisis de una serie de “sucedidos” que circulan entre los trabajadores de la caña de azúcar de la ciudad de Bella Unión, situada en el norte uruguayo, no compete exclusivamente

a los agentes estatales, sino que alcanza a otros actores, como es el caso de la militancia revolucionaria en los años sesenta. Los “sucesidos”, que consisten en microrelatos escenificados que siempre aparentemente tuvieron lugar en el pasado remoto o reciente, permiten a estos trabajadores rurales –(auto)denominados “peludos”–, tal vez uno de los sujetos más emblemáticos por la izquierda uruguaya, co-otorgar sentido al pasado reciente y, en el mismo movimiento, delinear nociones específicas de tiempo y política. Los “sucesidos”, entonces, se presentan como formas complementarias de reflexión que movilizan solidaridades, críticas, imputaciones y adhesiones que dan lugar a una serie de “f(r)icciones de reconocimiento”; es decir a un doble movimiento interpretativo que, al mismo tiempo que busca establecer una identificación –siempre arbitraria, diría Hall (2006)– como marca distintiva de un grupo social, indica un desajuste con otras identificaciones posibles. Esta doble condición por la que se pretende conocer y reconocer a un colectivo a partir de determinadas marcaciones, sostiene la autora, supone una “ficción” y una “fricción”: “ficción” no como falsedad, sino como construcción social, histórica y reguladora, portadora de significado, y “fricción” porque siempre implica potenciales tensiones, disputas y desacuerdos de diversos tipos.

La tercera línea de trabajo o tematización, aquella que trabaja a partir de las intersecciones posibles entre clivajes y dimensiones analíticas clave, como las de género, etnia y clase, es la que resulta menos explorada. Sin embargo, dada la perspectiva adoptada en algunos de los artículos que integran este dossier, cabe mencionar dos textos que permiten enmarcarlos. Uno de ellos es el de Florencia Mallon (2006), que demostró el modo en que la construcción de la masculinidad entre la dirigencia y la militancia del MIR chileno estuvo asociada a la imagen de Ernesto “Che” Guevara y a la figura del campesino mapuche, en su carácter ancestral de hombre bravo, sacrificado y explotado (2006: 204). La mixtura de atributos de indios, campesinos y guerrilleros, según sugiere la autora, delinearón la idea de un “sacrificio perpetuo” que, entre

otras cuestiones, explica en su trabajo las decisiones que esta organización tomó luego del golpe de Estado. Siguiendo estas intersecciones, el trabajo de Elisabeth Wood (2003) sobre la adhesión del campesinado salvadoreño al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, destaca la importancia que tuvo en la definición de acción colectiva –y en la agencia de este actor– una serie de beneficios emocionales vinculados a la indignación, el orgullo y la dignidad. Su investigación deja entrever los rasgos atribuidos al “campesino” (capacidad militar, resistencia, coraje, valentía, etc.) como un insumo fundamental tanto a la hora de presentar la guerrilla en el escenario político como de evaluar la incorporación a ella.

En su conjunto, las investigaciones reseñadas hasta aquí abordan una serie de tópicos cruciales a la hora de identificar algunos rasgos de lo que aquí llamamos “memorias rurales”. En principio cabe señalar que, cuando hablamos de estas memorias, estamos delimitando un espacio de trabajo diferente al referido por la noción de “memorias locales”. Aun cuando unas y otras pueden coincidir o superponerse, tal como vimos hasta aquí, las “memorias rurales” ponen en foco dimensiones analíticas que deben ser atendidas para trascender su conceptualización por la negativa, es decir, como aquello que no sucede en las ciudades ni, en términos de Williams, sería lo propio de un “estilo de vida” urbano. Sin pretensión de agotar un extenso listado de rasgos diacríticos o derivar en una sistematización acabada, cabe señalar algunas cuestiones relativas a la inscripción temporal, la distancia física y estructural existente entre los actores, el rol desempeñado por diversas mediaciones, y las formas narrativas bajo las cuales los sujetos del campo perfilan sus relatos acerca del pasado reciente.

Vivir en y del “campo” supone una interacción con los fenómenos naturales y los ciclos productivos que circunscriben temporalidades, preocupaciones, estrategias y recursos particulares. Los tiempos de zafra o siembra, de lluvias o sequías, no sólo permiten situar o fechar “eventos críticos” pasados, también ayudan a sig-

nificarlos e inscribirlos en una larga duración o, de lo contrario, en las discontinuidades y quiebres que se puedan presentar. Si bien es cierto que, tal como vimos, muchos de los aspectos asociados a la violencia política y el terror de Estado pueden rastrearse en pasados remotos que exponen relaciones de poder y subordinación de larga data, ello no debería conducirnos a un análisis que derive en la naturalización o rutinización de estas. Los estados de excepción, las acciones represivas, los procesos de radicalización política o de sindicalización rural implicaron rupturas en el orden de lo considerado “normal”. Estas rupturas –que dinamizaron la emblemización de algunos sujetos, hipervisibilizaron espacios, consagraron relatos sobre ellos y transformaron su paisaje– indican, más que un juego cero entre la dominación atemporal y el exotismo coyuntural, la experiencia de múltiples tiempos marcados por el trabajo, la política y la visibilidad/invisibilidad. Por ello, el riesgo de no avanzar analíticamente en los sentidos atribuidos al juego entre las continuidades y las interrupciones expresadas en los relatos es reducir la agencia de los sujetos del campo a una suerte de epifenómeno en el proceso histórico de subordinación o alienación o, de lo contrario, sobredeterminar sus trayectorias a partir de lecturas “descriptivas y heroicas” que los incorporan al panteón icónico de las luchas revolucionarias (cf. Williams, 2000). Esto último es lo que parece suceder cuando cuestiones como la “toma de conciencia”, la “capacidad organizativa” y la “entrega militante” se miden con la vara del atraso y la miseria que se atribuye al “campo”; aquella que vela, o en el mejor de los casos disculpa lo que no encaja, presentándolo como el resultado de los aspectos menos deseables de quienes permanecen atrapados en valores y normas consuetudinarias.

Como puede desprenderse de varias de las investigaciones mencionadas hasta aquí, los relatos asociados a las experiencias de violencia política, persecución y represión (para)estatal en los espacios rurales no siempre se ajustan a las perspectivas de los actores socializados en el lenguaje de los derechos humanos, ni se acoplan fácilmente a los relatos hegemónicos nacionales y/o de los centros.

Posiblemente, las huellas que ha dejado el activo trabajo de producción de hegemonía en los espacios rurales sea lo que nos lleve a pensar los relatos y recuerdos que encontramos en nuestros trabajos de campo como memorias incómodas o políticamente incorrectas. Nuestros interlocutores, sabemos, pueden hablarnos de “la guerra” y no del terrorismo de Estado, aun cuando han sido víctimas de graves violaciones a los derechos humanos; pueden relatar con lujo de detalles fascinantes anécdotas sobre el accionar guerrillero y, a continuación, considerarlos “subversivos” que venían “de afuera” a alterar la paz del pueblo; pueden recordar los años de terror como un tiempo que incluye enormes peligros, pero también cosechas récords, logros económicos y avances infraestructurales. Parte de la literatura reseñada hasta aquí encuentra que la distancia física y estructural existente entre los actores –es decir, la violencia, el terror, y la posterior convivencia entre quienes son vecinos y parientes– ayudaría a comprender estas disonancias. Sin embargo, cabe preguntarse si la proximidad entre “víctimas” y “victimarios” regida por normas y reglas de vecindad es la única explicación posible. En este sentido, problematizar lo que percibimos como desacoples supone una serie de desafíos y descentramientos que no pretenden enfatizar la diversidad de las memorias para señalar lo ya obvio –su heterogeneidad–, sino defender radicalmente el espacio para enunciar y reflexionar acerca de la matriz constitutiva de esa pluralidad.

Siguiendo estas coordenadas, las memorias rurales no son ajenas a los valores y moralidades asociadas a las intersecciones posibles entre el mundo del trabajo y la tradición, entre las que se destacan el honor, la vergüenza, la jerarquía, la reciprocidad y el valor otorgado a la fuerza física. Muchas veces estas se construyen en las mediaciones de los discursos y las adscripciones religiosas, pero también en las ofertadas por el Estado, las ONG, los organismos de cooperación y las agencias de desarrollo rural que proveen marcos interpretativos en mayor o menor medida consensuados a la hora de explicar y dar sentido al devenir histórico. Estas mediaciones,

como instancias de presentación e interlocución, habilitan redefiniciones, innovaciones e invenciones y son el resultado de una apropiación selectiva de la propia historia y las historias de “los otros”. Captar sus significados resulta fundamental para advertir, por ejemplo, las transformaciones materiales y simbólicas, o para trazar la distancia entre los enemigos construidos y los blancos concretos de la represión.

Como ya señalamos, las formas narrativas bajo las cuales los sujetos del campo perfilan sus relatos, proponen analogías, juzgan y se posicionan respecto de los procesos de violencia política y represión suelen apelar a una larga tradición oral. Esta combina, de formas muy diversas, la “conciencia mítica” y la “conciencia histórica” sin presentarlas como excluyentes, sino como “modos complementarios de estructurar los eventos pasados” (Turner, 1988: 19) situados entre lo rutinario y lo imprevisto. Así, los recuerdos que surgen entre cuentos, leyendas y rumores, apartados muchas veces de la jerga política o de las historias consagradas que estamos habituados a escuchar o leer, que fueron una condición de posibilidad para el ejercicio del terror, constituyen actos plagados de politicidad que señalan otro de los accesos posibles a las “memorias rurales”.

A partir de estrategias y casos muy diversos, los trabajos que integran este dossier analizan procesos de construcción de memorias en ámbitos rurales, tanto asociados a episodios represivos paradigmáticos, como a procesos de más larga duración de violencia política en América Latina. Los dos primeros trabajos que presentamos parten de las experiencias de grupos que no han sido los principales portavoces de aquel pasado: las mujeres indígenas que integraron una organización guerrillera en Guatemala pero no fueron reconocidas como “excombatientes” cuando finalizó el conflicto armado, y los ex soldados conscriptos enviados a combatir en el marco del “Operativo Independencia” en la provincia argentina de Tucumán. Ambos artículos abordan cómo fue vivida y sentida la represión política desde la perspectiva de dichos actores y cómo, aún hoy, resulta un desafío convertir ese conocimiento privado en

un reconocimiento público, integrado a las memorias nacionales y hegemónicas de sus países.

Concretamente, el artículo de Ana López Molina describe y analiza las luchas emprendidas por un grupo de mujeres de la etnia ixil, una de las 21 de origen maya, para ser reconocidas como “excombatientes” una vez finalizado el conflicto armado de Guatemala, que se extendió entre los años sesenta y noventa. Como resultado de la iniciativa de este grupo, hoy nucleado en una organización llamada Kummol, los recuerdos personales y colectivos fueron plasmados en un libro que buscó visibilizar sus experiencias como “mujeres rebeldes”, abarcando la niñez, la incorporación a la guerrilla, la vida en la “montaña” y el retorno a las comunidades, luego del inicio de los procesos de paz. A partir de la escritura de este libro colectivo, en el que López Molina tomó parte activa, se indaga en las maneras de desandar el fuerte estigma que supone haber sido construidas como “enemigos internos” y la dura represión sufrida, pero también la falta de reconocimiento en tanto “combatientes” por parte de los integrantes de los grupos guerrilleros. Entre ambas dimensiones, sugiere la autora, se encuentran los desafíos que propone un presente marcado por la pobreza y la desigualdad.

En tanto, el artículo de Santiago Garaño, reconstruye cómo las autoridades militares produjeron una “cultura del terror” en el “teatro de operaciones” del Operativo Independencia. Tomando las memorias de ex soldados conscriptos y documentos de la época, su artículo analiza cómo en el marco de un proceso de fuerte represión política de carácter ilegal y clandestino, el “monte tucumano” se convirtió en un espacio propicio para la producción y puesta en circulación de rumores sobre un enemigo peligroso, tildando a guerrilleros, activistas políticos y sociales de “fuleros”, “extremistas” u “oponentes”. El artículo muestra cómo los exsoldados todavía buscan comprender una experiencia inédita de violencia estatal que los volvió, al mismo tiempo, tanto protagonistas como audiencia privilegiada de las puestas en escena del poder militar durante dicho Operativo.

Un segundo eje analítico en este dossier está dado por aquellos artículos que indagan diversos procesos de sindicalización, activismo y organización política. A partir del trabajo de campo en lo que fue una gran propiedad rural del nordeste brasileño, Fernanda Figurelli analiza una serie de relatos acerca de las experiencias organizativas que tuvieron lugar en el periodo previo y durante la dictadura militar iniciada en 1964. El artículo hace énfasis en la importancia de complementar el estudio de las relaciones institucionales o formales de dichos procesos organizativos (el aspecto más explorado en la literatura existente) con el análisis de las relaciones interpersonales (vecinales y familiares), los valores morales y los circuitos de reciprocidad que también dieron forma a la “lucha más allá de los derechos”. Al sumar a su análisis los relatos de las mujeres de los dirigentes sindicales (quienes no suelen ser portavoces habilitadas sobre lo sindical, considerado un “asunto de hombres”), la autora reconstruye distintos aspectos del activismo y la represión tan cotidianos como invisibilizados, basados en formas de estigmatización, humillación y deshonor que afectaron las identidades locales y comunales pero que, a su vez, fueron soporte de las redes que permitieron preservar la vida y eludir el cerco de la represión.

A diferencia de Figurelli, que opta por el análisis de un largo proceso de activismo y represión, Agustín Juncal Pérez toma un “evento crítico” paradigmático en la historia sindical de los trabajadores de la caña de azúcar del norte uruguayo: la primera “Marcha por la Tierra” realizada desde la ciudad de Bella Unión a la de Montevideo, en 1964. Sin embargo, ambos artículos comparten el interés por incorporar los recuerdos de actores o sujetos que habitualmente no son consultados cuando se trata de acceder a la complejidad de las experiencias de radicalización política y sindicalización rural. Concretamente, el artículo de Juncal Pérez toma por fuente los registros fotográficos de dicha movilización y, a partir de ellos, recupera las “narrativas personales” de quienes la protagonizaron, pero también el relato del fotógrafo del diario de izquierda que registró el evento. En este cruce, Juncal Pérez identi-

fica las disputas por los sentidos otorgados a los hechos narrados y la nominación de los actores, al mismo tiempo que reflexiona sobre las ventajas de “cruzar imágenes y narraciones”.

Finalmente, Gabriela Karasik y Elizabeth Gómez analizan los conflictos que se producen cuando un caso paradigmático de represión en el espacio rural como es en Argentina el “Apagón de Ledesma”, ingresa en la esfera judicial tras la reapertura de las causas por delitos de lesa humanidad. El artículo aborda un actor que no ha sido contemplado en investigaciones anteriores: los directivos de la empresa Ledesma S. A. A. I., acusados de haber sido responsables de la desaparición de obreros y empleados durante la última dictadura. A partir de sus estrategias y de las luchas jurídicas, políticas y por la memoria, las autoras reflexionan sobre los conflictos y dilemas que supone incorporar en los estrados judiciales el problema de la “complicidad civil” –que en este caso involucra a una familia con un gran poder político y económico–, al mismo tiempo en que abren una serie de interrogantes respecto del rol que cabe a los científicos sociales en la producción de conocimiento sobre acontecimientos marcados por masivas violaciones a los derechos humanos, especialmente en lo que respecta a sus usos sociales y judiciales.

El presente dossier reúne entonces una serie de artículos que resultan de grados de avance de investigaciones y de formaciones muy diversas entre sí. Pese a ello, todos sugieren diálogos y debates que creemos necesarios, así como tareas pendientes en una línea de investigación que hasta el momento ha resultado poco transitada. Esperamos que esta presentación sirva como marco y primera aproximación a los trabajos que integran el dossier, pero también como una invitación a nuevas investigaciones y nuevos modos de reflexionar sobre las huellas de los procesos de violencia, persecución y represión (para)estatal en nuestros países de América Latina.

Silvina Merenson (CIS-CONICET-IDES / IDAES-UNSAM)
y Santiago Garaño (UBA / UNTREF / CONICET)

Bibliografía

- Airosa, María Ana y Sánchez, Paz Xóchitl (2010). *Alteridad e identidad. Un recorrido por la historia de la antropología en México*. México D. F.: UAMI-JP.
- Barrientos, Claudio Javier (2003). “‘Y las enormes trilladoras vinieron (...) a llevarse la calma’: Neltume, Liquiñe y Chihuío, tres escenarios de la construcción de la memoria y la violencia en el sur de Chile”. En: Del Pino, Ponciano y Jelin, Elizabeth (comps.); *Luchas locales, comunidades e identidades*. Madrid: Siglo XXI.
- Bartolomé, Miguel (2007). *Librar el camino. Relatos sobre antropología y alteridad*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- Carneiro, María José (1998). “Ruralidade: novas identidades em construção”. En: *Estudos Sociedade e Agricultura*, N° 11: pp. 53-75.
- Crenzel, Emilio (2008). *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Da Silva Catela, Ludmila (2003). “Apagón en el Ingenio, escrache en el Museo. Tensiones y disputas entre memorias locales y memorias oficiales en torno a un episodio de represión de 1976”. En: Del Pino, Ponciano y Jelin, Elizabeth (comps.); *Luchas locales, comunidades e identidades*. Madrid: Siglo XXI.
- Da Silva Catela, Ludmila (2007). “Poder local y violencia: memorias de la represión en el noroeste argentino”. En: Isla, Alejandro (comp.); *En los márgenes de la ley. Inseguridad y violencia en el Cono Sur*. Buenos Aires: Paidós.
- Das, Veena (1997). *Critical events: an anthropological perspectives on contemporary India*. Oxford: India Paperbacks.
- Das, Veena y Poole, Deborah (2009). “State and its Margins: Comparative Ethnographies”. En: Das, Veena y Poole, Deborah (comps.); *Anthropology in the Margins of the State*. Santa Fe: School of American Research Press.
- Del Pino, Ponciano (2003). “Uchuraccay: Memoria y representación de la violencia política en los Andes”. En: Del Pino, Ponciano y Jelin, Elizabeth (comps.); *Luchas locales, comunidades e identidades*. Madrid: Siglo XXI.
- Delich, Francisco (1972). “Estructura agraria y tipos de organizaciones y acción campesina”. En: Marsal, Juan F. (comp.); *Argentina conflictiva: Seis estudios sobre problemas sociales argentinos*. Buenos Aires: Paidós.
- Evans Pritchard, Edward (1997). *Los nuer*. Barcelona: Anagrama.
- Fals Borda, Orlando (1963). “Desarrollo y perspectivas de la Sociología Rural en Colombia y América Latina”. En: *Memoria del primer Congreso Nacional de Sociología*. Bogotá: Iqueima. Pp. 153-172.

- Fals Borda, Orlando (1968). *Subversión y Cambio Social*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Fals Borda, Orlando (1970). *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. México: Nuestro Tiempo.
- Garaño, Santiago (2012). *Entre el cuartel y el monte. Soldados, militantes y militares durante el Operativo Independencia (Tucumán, 1975-1977)*. Tesis doctoral, FFyL, UBA, mimeo.
- Giarracca, Norma (1999). *Estudios rurales: teorías, problemas y estrategias metodológicas*. Buenos Aires: La Colmena.
- Giarracca, Norma (2001) (comp.). *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: CLACSO.
- Gordillo, Gastón (2012). *Lugares de diablo. Tensiones del espacio y la memoria*. Buenos Aires: Prometeo.
- Guber, Rosana (2010). “La autonomía etnográfica. El trabajo de campo de los antropólogos sociales argentinos entre 1965-1975”. En: *Antípoda*, N° 11: pp. 189-213.
- Hall, Stuart (2006). *A identidade cultural na pós-modernidade*. Rio de Janeiro: DP&A.
- Heredia, Beatriz (1979). *A morada da vida*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Hermitte, Esther y Leopoldo Bartolomé (comps.) (1977). “Introducción”. En: *Procesos de articulación social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Isla, Alejandro (1999). “El terror y la producción de sentidos”. En: *Revista de Investigaciones Folklóricas*, vol. 14: pp. 36-46.
- Isla, Alejandro y Taylor, Julie (1995). “Terror e identidad en los andes. El caso del noroeste argentino”. En: *Andina*, N° 2: pp. 311-341.
- Lopes, José Sergio Leite (2013). “Entrevista com Moacir Palmeira”. En: *Horizontes Antropológicos*, vol. 19, N° 39: pp. 435-457.
- Mallon, Florencia (2006). “Barbudos, Warriors, and Rotos: The MIR, Masculinity, and power in the Chilean Agrarian Reform, 1965-74”. En: Gutmann, Matthew C. (Ed.); *Changing men and masculinities in Latin American*. Duke: Duke University Press.
- Merenson, Silvina (2008). “Teorías, prácticas y representaciones de la categoría ‘campesino’ entre los peludos de Bella Unión, Uruguay”. En: *Prácticas de Oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*, N° 3. Disponible en: <http://ides.org.ar/publicaciones/practicadeoficio/nro-3-diciembre-de-2008>. Fecha de última consulta: diciembre de 2014.

- Merenson, Silvina (2010). *A mí me llaman peludo. Cultura, política y nación en los márgenes del Uruguay*. Tesis doctoral, Programa de Posgrado en Ciencias Sociales IDES-UNGS, mimeo.
- Merenson, Silvina (2011). “Tiempo, política y sucedidos. Tres nociones para pensar las lecturas del pasado reciente entre los peludos de Bella Unión”. En: *Stockholm Review of Latin American Studies*, N° 7: pp. 41-56.
- Nash, June (2008). *Comemos a las minas y las minas nos comen a nosotros. Dependencia y explotación en las minas de estaño Bolivianas*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- Nash, June (2010). “La creación de espacios para la revitalización cultural. La investigación antropológica en la globalización”. En: Betrisey, Débora y Merenson, Silvina (eds.); *Antropologías contemporáneas. Saberes, ejercicios y reflexiones*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Nelson, Diane (2009). “Anthropologist discovers legendary two faced indian. Margins, the state and duplicity postward Guatemala”. En: Das, Veena y Poole, Deborah (comps.); *Anthropology in the Margins of the State*. Santa Fe: School of American Research Press.
- Palmeira, Moacir (1966). “Nordeste: mudanças políticas no século XX”. En: *CADERNOS Brasileiros*, vol. 39.
- Palmeira, Moacir (1971). *Latifundium et capitalisme au Brésil: lecture critique d'un débat*. Tesis de tercer ciclo de Sociología presentada en la Universidad de Paris 5.
- Piñeiro, Diego (2001). “Población y trabajadores rurales en el contexto de transformaciones agrarias”. En: Giarracca, Norma (comp.); *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: CLACSO.
- Piñeiro, Diego (2008). *El trabajo Precario en el Campo Uruguayo*. Montevideo: CSIC-UdelaR.
- Ratier, Hugo (2000). “Asociativismo y poder en la campaña bonaerense. Una aproximación etnográfica”. Ponencia presentada al X Congreso Mundial de Sociología Rural. Río de Janeiro, Brasil.
- Ratier, Hugo (2004). “¿Campesinos en la Argentina? Aproximaciones antropológicas”. Ponencia presentada al III Congreso Argentino y Latinoamericano de Antropología Cultural. Antropología y Ruralidad: un reencuentro. Tilcara, Argentina.
- Ratier, Hugo (2006). “Sobre Política Lugareña: Liderazgo y Gobierno en los Poblados Centrobonaerenses”. Ponencia presentada a las IV Jornadas de Antropología Social. Buenos Aires, Argentina.
- Redfield, Robert (1956). *Peasant Society and Culture*. Chicago: University of Chicago, Chicago Press.
- Ringuelet, Roberto (1999). “Los movimientos sociales agrarios de los 90, las Mujeres agropecuarias en lucha”. En: *Emia*, N° 42-43: pp.131-153. En colaboración con María del Carmen Valerio y María Inés Piriz.

- Ringuelet, Roberto (2002). “Reflexiones sobre la nueva ruralidad desde la antropología social”. En: Tadeo, Nidia (comp.); *Procesos de cambio en las áreas rurales argentinas*. La Plata: Qbbus.
- Rutledge, Ian [1973] (1987). *Cambio agrario e integración. El desarrollo del capitalismo en Jujuy: 1550-1960*. Buenos Aires: Antropología social e historia, Serie Monográfica- UBA.
- Scott, James (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México DF, Ediciones Era.
- Shanin, Theodor (1983). *La clase incómoda*. Madrid, Alianza Editorial.
- Sigaud, Lygia (1979). *Os clandestinos e os direitos*. São Paulo: Duas Cidades.
- Stavenhagen, Rodolfo (1969). *Las clases sociales en las sociedades agrarias*. México D. F.: Siglo XXI.
- Taussig, Michael (2006). “Culture of terror – Space of death”. En: Scheper-Hughes, Nancy y Bourgois, Philippe (comp.); *Violence in War and Peace*. Singapur: Blackwell.
- Theidon, Kimberly (2004). *Entre prójimos: el conflicto armado interno y la política de la reconciliación en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Turner, Terence (1988). “History, Myth, and Social Consciousness among the Northern Kayapó of Central Brazil”. En: Hill, Jonathan (ed.); *Rethinking History and Myth. Indigenous South American Perspectives on the Past*. Urbana and Chicago: University of Illinois Press.
- Uribe Alarcón, María Victoria (2004). *Antropología de la inhumanidad. Un ensayo interpretativo sobre el Terror en Colombia*. Bogotá: Norma.
- Velho, Otávio (2007). *Mais realistas do que o rei. Ocidentalismo, religião e modernidades alternativas*. Rio de Janeiro: Topbooks.
- Vessuri, Hebe (2002) [1973]. “La observación participante en Tucumán”. En: Visacovsky, Sergio y Guber, Rosana (comps.); *Historia y estilos del trabajo de campo en Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Villapolo Herrera, Leslie (2003). “Senderos del desengaño: construcción de memorias, identidades colectivas y proyectos de futuro en una comunidad Asháninka”. En: Del Pino, Ponciano y Jelin, Elizabeth (comps.); *Luchas locales, comunidades e identidades*. Madrid: Siglo XXI.
- Visacovsky, Sergio (2002). “Santiago Bilbao y el folklore como paisaje a una antropología de la gestión estatal”. En: Visacovsky, Sergio y Guber, Rosana (comps.); *Historia y estilos del trabajo de campo en Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Williams, Raymond (2001) [1973]. *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.
- Williams, Raymond (2000). *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Wood, Elizabeth (2003). *Insurgent collective action and civil war in El Salvador*. Cambridge: Cambridge University Press.